

SANTA TERESA DE JESÚS: Narradora de la alegría de Dios

Fiesta de San Juan de Ávila

Como clero de la Diócesis de Burgos abrí hoy las puertas a Teresa de Jesús para dialogar con ella en el V Centenario de su Nacimiento. Por unos momentos detenéis vuestro caminar cotidiano para pedirle a una mujer mística, aparentemente alejada de nuestros estilos de vida, que nos diga lo que sabe de Dios por experiencia. Acostumbrados a oír y decir tantas palabras de Dios que se secan apenas salen de la boca, intuimos en Teresa de Jesús una palabra distinta, esperanzada, sorprendente. Con ella caminamos hacia lo que el Espíritu nos impulsa para seguir haciendo en nosotros grandes cosas.

Lo hacemos en el día en que celebramos a vuestro patrono, san Juan de Ávila. Contemporáneo de Teresa de Jesús, tuvo la suerte de leer, aquejado ya por penosas enfermedades, en los últimos meses de su vida, el libro de la Vida de la Madre Teresa. Dejó de él un precioso testimonio, una auténtica filigrana, que luego comentaremos más detenidamente. Baste ahora quedarnos con el detalle de un hombre de gran experiencia de Dios dispuesto a aprender y recibir consuelo de la experiencia que cuenta Teresa de Jesús: "Cuando acepté el leer el libro que se me envió, no fue tanto por pensar que yo era suficiente para juzgar las cosas de él, como por pensar que podría yo, con el favor de nuestro Señor, aprovecharme algo con la doctrina de él; y gracias a Cristo, que, aunque lo he leído no con el reposo que era menester, mas heme consolado, y podría sacar edificación, si por mí no queda" (Carta 158).

Como Juan de Ávila, hoy tenemos la suerte de dejar que esta mujer universal, la primera doctora de la Iglesia, se siente en su taburete de tres patas sin respaldo -ésta era la cátedra que utilizaba para conversar con sus monjas en el convento de san José de Ávila-, y nos hable de Dios. "¡Qué bien hablaba de Dios!", dice Teresa de María Briceño, monja de las agustinas de Gracia. Que nos hable de Dios con ese amor a la verdad y esa alegría, con esa "determinada determinación", que fueron siempre su distintivo. Teresa de Jesús no se presenta como maestra, pero ¡cuánto enseña! No posee nada, no quiere ser "en nada, nada", pero da lo que necesitamos para el camino. Dice que es ignorante - se ríe de las comparaciones que le vienen a la mente para hablar de lo que casi nadie habla-, pero abre sendas nuevas. Es débil, pero pasan los siglos y sigue viva su memoria. Lucha, pero a todo el que se acerca a ella le regala la paz y lo cura de la tristeza.

Teresa de Jesús, que ha sido una mujer moderna porque ha estado siempre buscando la verdad de sí misma, de su experiencia de Dios y del mundo -"no diré cosa que no haya visto por experiencia" (Camino, Prólogo 3)-, no tendrá dificultad en conectar con nosotros, que también buscamos respuesta a las preguntas hondas que nos hacemos y que son la señal de que estamos vivos y que hay en nosotros sed y hambre de verdad, de justicia, de santidad.

Teresa de Jesús se ha tomado en serio la inquietud radical del ser humano de encontrarse con Dios y de dejarse encontrar por Él. En ella comprobamos que la pasión del hombre por Dios no es inútil. Esta búsqueda la ha hecho más humana. Es conocida por todos su sentencia: "Entre los pucheros anda el Señor" (F 5,8), y su confianza de mujer regateadora en los rastrillos donde adquiere cuadros para sus conventos: "Estoy tan baratona y negociadora que ya sé de todo" (Ct 24,5)-. Por otra parte, las aproximadamente quince mil cartas que escribió en los últimos veinte años de su vida, con tantos asuntos y nombres dentro de su corazón, la hacen cercana a la vida. Y finalmente su grito teologal, comprometido, ante lo que ve en la iglesia y el mundo: "Estase ardiendo el mundo, quieren volver a sentenciar a Cristo, pues le levantan mil testimonios, quieren poner su Iglesia por los suelos... No es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia" (C 1,5). Quizás por esto pueda ayudarnos a entender este misterio de la vida que nos traemos entre manos. Su palabra, tan antigua y tan nueva, tan lejana y cercana, agita las aguas tranquilas, cuestiona, sugiere, abre horizontes, invita a no renunciar a los sueños, es inspiradora para ir más allá de nuestras expectativas.

Teresa de Jesús viene de su viaje místico con abundante sabiduría acerca de las cosas de Dios y del hombre. Purifica de gangas el concepto de Dios –“de devociones a bobas nos libre Dios” (V 13,16)-. Descubre asombrada la belleza y dignidad del ser humano, nunca lo ve como un símbolo destruido, sino como una interioridad habitada, un palacio de cristal, un huerto regado, un camino, una morada habitada por Dios. Invita a “Considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante o muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas” (1M 1,1).

Vamos a espiar sus pasos hacia el manantial, vamos a escuchar cómo habla de Dios. Agradezco a Jesús Yusta el haberme invitado a compartir con todos vosotros esta fiesta. Os deseo a todos los celebráis las bodas sacerdotales un feliz día en nombre de todos mis hermanos carmelitas. Feliz día para todos vosotros, hermanos sacerdotes de la Diócesis de Burgos. Feliz día para nuestros hermanos obispos Ramón del Hoyo y Francisco Gil Hellín, aquí presente. Feliz día para el grupo de mujeres que os habéis acercado para dejaros engolosinar por Teresa. Gracias a todos por querer escuchar a Teresa de Jesús.

I.- TERESA DE JESÚS, UNA MUJER QUE VIVE, PIENSA Y COMUNICA EXPERIENCIAS

En el libro de la Vida escribe Teresa: “Una merced es dar el Señor la merced, y otra es entender qué merced es y qué gracia, otra es saber decirla y dar a entender cómo es” (V 17,5). Este texto clave nos sirve de base para hablar de la experiencia que le sobrevino gratuitamente, de lo que trabajó para entenderla y de la pasión con que la comunicó: “Mas ¡qué de cosas se ofrecen en comenzando a tratar de este camino! Ojalá pudiera yo escribir con muchas manos para que unas por otras no se me olvidaran” (CE 34,4). Recurre a su interlocutor inmediato en el libro de la Vida, el P. García de Toledo, para que él le haga de portavoz: “Dé voces vuestra merced en decir estas verdades, pues Dios me quitó a mí esta libertad” (V 27, 13). Este texto es una fina ironía para decir que le han atado las manos por ser mujer.

1.- TERESA DE JESÚS VIVIÓ UNA FUERTE EXPERIENCIA DE DIOS

Teresa de Jesús, a los cincuenta años, vuelve la mirada sobre su vida y le brota un salmo al Dios de su vida. “Acuérdate de todo el camino que Dios te he hecho andar” (Dt 8,2). Teresa de Jesús recuerda que Dios siempre ha estado en su vida.

Teresa, siempre cercana a sí misma, es consciente del tesoro de gracia que tiene entre las manos, un tesoro que ha llenado su vida de alegría y de sentido. Ese tesoro fue Jesús, con el rostro de misericordia que embelleció su nada. Qué bien lo dice en su poema *Oh Hermosura que excedéis a todas las hermosuras*: “Juntáis quien no tiene ser con el ser que no se acaba. Sin tener que amar, amáis. Engrandecéis nuestra nada” (Poesía 6). Esta experiencia le llegó en total gratuidad, a pesar de sus resistencias y sus miradas hacia otra parte. Así se describía a sí misma antes del encuentro fuerte con Cristo. “Deseaba vivir, que bien entendía que no vivía” (V 8,12); “andaba mi alma cansada y, aunque quería, no le dejaban descansar las ruines costumbres que tenía” (V 9,1). Pero cuando Dios quiso y como quiso, comenzó a entender una presencia que la inundaba por dentro: “Acaeciame en esta representación que hacía de ponerme cabe Cristo... venirme a deshora un sentimiento de la presencia de Dios que en ninguna manera podía dudar que estaba dentro de mí o yo toda engolfada en Él” (V 10,1). Importa señalar eso de “a deshora”.

Aunque la búsqueda del Tú divino cubre toda la vida de Teresa, es más acertado decir que fue el Tú divino quien la buscó, quien la esperó, quien la sufrió... La experiencia del Dios que sale a su encuentro es la gran riqueza de Teresa. Ahí está la fuente de su alegría. “No me parece os quedó a Vos nada por hacer para que fuera toda vuestra” (V 1,8), confiesa. “Parece andaba su Majestad mirando y remirando por dónde me podría tornar a sí” (V 2,8). “Tanto me ha sufrido” (V 4,10). Ella solo puede “presumir de su misericordia” (3M 1,3). “Aunque os dejaba yo a Vos, no me dejasteis Vos a mí tan del todo..., con darme Vos siempre la mano; y muchas veces, muchas veces me llamabais de nuevo” (V 6,9). “Primero me cansé de ofenderle que su

Majestad dejó de perdonarme" (V 19,15). "Con regalos grandes castigabais mis pecados" (V 7,19). Sus escritos son una bendición al Dios relacional, que se acerca, se comunica, sabe esperar, está vivo, transforma... "Sea bendito por siempre, que tanto me esperó" (Prólogo de Vida, 2).

La vida de Teresa de Jesús es una biografía de Dios, un icono donde se puede ver y tocar al Dios de las misericordias. Dios entró en acción bien pronto en la vida de Teresa. "Veía claramente lo mucho que el Señor había puesto de su parte, desde que era muy niña, para allegarme a sí con medios harto eficaces y cómo todos no me aprovecharon. Por donde claro se me representó el excesivo amor que Dios nos tiene en perdonar todo esto, cuando nos queremos tornar a Él, y más conmigo que con nadie, por muchas causas" (R 16,2). ¡Qué esperanza da leer estas palabras! Dios recupera para nosotros el tiempo perdido. Basta que queramos volver la mirada a Él.

Dios se le revela para ser vivido. Lo tiene claro Teresa de Jesús. Conoce a Dios no por la información que tiene de Él sino por la conformación que tiene con Él. El conocimiento de Dios, "el libro verdadero adonde he visto las verdades" (V 26,5), genera un nuevo modo de relación con Él, una nueva forma de vivir y de "darse del todo al Todo" (V 11,1). "Tiene tanta fuerza este rendimiento a ella (a la voluntad de Dios), que la muerte ni la vida se quiere...; le queda el deseo de vivir, si Él quiere, para servirle más y si pudiese ser parte que siquiera un alma le amase más y alabase..., que... le parece importa más que estar en la gloria" (R 6,9).

Al descubrir al Dios vivo en su propia interioridad va de asombro en asombro. "Mas ¡qué cosa de tanta admiración, quien hinchiera mil mundos y muy mucho más con su grandeza, encerrarse en una cosa tan pequeña! A la verdad, como es Señor, consigo trae la libertad, y como nos ama, hácese a nuestra medida" (C 28,11). En la interioridad cultiva la oración interior. "En el centro y mitad de todas estas moradas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma" (1M 1,3). Teresa de Jesús responde entregando su vida: "Aquí está mi vida, todo os lo he dado, vuestra soy, disponed de mí conforme a la vuestra" (V 21,5). Dicho con sus versos: "Vuestra soy, para Vos nació. ¿Qué mandáis hacer de mí?"

Dios le ha cambiado a Teresa de Jesús el color de la vida. Experimenta una unión interior que no había sentido antes. Todo es nuevo. "Es otro libro nuevo de aquí adelante, digo otra vida nueva; la de hasta aquí era mía; la que he vivido desde que comencé a declarar estas cosas de oración, es que vivía Dios en mí" (V 23,1).

Este cambio lo describe magistralmente en las quintas moradas cuando habla del gusano de seda y de la mariposica blanca. La propia persona es la "que comienza a labrar la seda y edifica la casa adonde ha de morir. Esta casa querría dar a entender aquí, que es Cristo" (5M 2,4; Col 3,3-4). "¡Muera, muera este gusano, como lo hace en acabando de hacer para lo que fue criado!, y veréis como vemos a Dios y nos vemos metidas en su grandeza" (5M 2,6). Experimenta una mudanza honda. Es verdad que hay dolores, pero son de parto para una nueva vida. El paso por la muerte es para renacer a otra manera de vivir, con horizonte nuevo, con psicología nueva, con nueva apertura a Dios y a los demás, con insaciable apetencia de más vida para todos. La alegría toma enseguida el relevo a la tristeza, como le pasa a la mujer cuando da a luz (cf Jn 16,21). El Espíritu, principio de creación amorosa, está por medio. "¡Oh grandeza de Dios!, y cuál sale una alma de aquí, de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con Él" (5M 2,7).

Saber que Dios es para ella y está con ella, la llena de asombro. "Que mi Amado es para mí, y yo soy para mi Amado". Su opción de vida ya no puede ser otra que la de caminar con Jesús: "Juntos andemos, Señor. Por donde fuereis, tengo de ir. Por donde pasareis, tengo de pasar" (C 26,11). En el epílogo de las Moradas manifiesta su pasión evangelizadora: "Por el gran deseo que tengo de ser alguna parte para ayudaros a servir a este mi Dios y Señor... Sea Dios nuestro Señor por siempre alabado bendito. Amén. Amén".

¿Qué hizo ante este descubrimiento de Dios? Buscó entenderlo. Para Teresa de Jesús entender la experiencia es tener certeza de que está caminando en sintonía con la Iglesia, a la luz de la verdad de la Escritura, siempre con Jesús. Lo que más teme es caminar engañada. Es lo que vamos a ver en esta segunda parte.

2.- TERESA DE JESÚS TRATA DE ENTENDER ESTE TESORO Y BUSCA QUIEN LE AYUDE A ENTENDERSE

Teresa de Jesús se encuentra con algo novedoso, fascinante: la presencia de Dios en ella, la actuación de Dios en ella. Lo ha descubierto en su propia interioridad. Le ha brotado la oración interior a borbotones: "Estar muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama" (V 8,5). ¿Cómo entender todo eso? ¿Cómo vivirlo cuando los miedos llaman a la puerta? Los vientos son contrarios, el ambiente no ayuda nada. No es de extrañar que diga: "Gran mal es un alma sola entre tantos peligros" (V 7,20).

Ante ese ambiente, Teresa de Jesús, por ser mujer, de linaje judeoconverso, lectora empedernida, indomable escritora, espiritual, animadora de círculos orantes, de un movimiento eclesial para mujeres, puede decirse, sin temor a lo hiperbólico, que caía en todas las posibilidades de sospecha.

Teresa vive, como nosotros, entre luces y sombras. Teresa vive un cambio de época, en busca de nuevos paradigmas. Necesita situarse, entenderse. Para ello busca amigos que la ayuden a andar en verdad. El mundo que la rodea está en crisis y también ella lo está. "Basta ser mujer para caérseme las alas" (V 10, 8). La contradicción de los buenos, confiesa, es uno de los grandes trabajos que ha tenido en la vida. "Bastantes cosas había para quitarme el juicio, y algunas veces me veía en términos que no sabía qué hacer, sino alzar los ojos al Señor. Porque contradicción de buenos a una mujercilla ruin y flaca como yo y temerosa, no parece nada así dicho, y con haber yo pasado en la vida grandísimos trabajos, es éste de los mayores" (V 28,18).

No sorprende que Teresa diga que los "tiempos son recios" (V 33,5). Y que viva la oración como experiencia liberadora, donde puede explayarse a sus anchas. "¿No basta, Señor, que nos tiene el mundo acorraladas e incapaces para que no hagamos cosa que valga nada por Vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloramos en secreto, sino que no nos habíais de oír petición tan justa? No lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez, y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, Rey mío, que se conozcan todos. No hablo por mí, que ya tiene conocido el mundo mi ruindad, y yo holgado que sea pública, sino porque veo los tiempos de manera que no es razón desechar ánimos virtuosos y fuertes, aunque sean de mujeres» (CE 4,1).

La pretensión de Teresa fue la de "andar en verdad delante de la misma verdad" (V 40,3). Por eso, vive los momentos difíciles en diálogo con la Iglesia, buscando luz, porque "espíritu que no vaya comenzado en verdad, yo más la querría sin oración" (V 13,16). Pero el ambiente no es propicio para novedades. Oye el cuchicheo de los que dicen a sus espaldas que todo eso "no es para mujeres, que les podrán venir ilusiones" (C 21,2).

Vamos a concretar un poco más esta oposición, esta contradicción de buenos, que Teresa de Jesús dice.

Primero, ponemos un texto para abrir boca. "Es justo que las mujeres se precien de callar todas, así aquellas a quienes les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden descubrir lo que saben; porque en todas es no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco; porque así como la naturaleza hizo a las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca; porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes o señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias ni para los negocios de dificultad, sino para un sólo oficio simple y doméstico, así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones" (Fray Luis de León).

Desconfían de la novedad en boca de una mujer. “No es para mujeres, que les podrán venir ilusiones», «mejor será que hilen”, “no han menester esas delicadeces”, “basta el Paternóster y Avemaría” (C 21,2). “No hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa” (CE 4,1), termina diciendo.

Las mismas compañeras monjas de la Encarnación le ponen trabas: “Estaba muy malquista en todo mi monasterio... Decían que las afrentaba... que no tenía amor a la casa... unas decían que me echasen en la cárcel; otras, bien pocas, tornaban algo de mí” (V 33,2).

Teresa de Jesús, con un aire de reivindicación frente a los letrados espantadizos que en vez de ayudar a “volar como águilas, hacen andar como pollos y pollos trabados” (V 39,12), anima a no espantarse de Dios, como “esos medio letrados espantadizos, que me cuestan caro” (5M 1,8).

La gente también se altera. “No se podrá escribir la gran persecución que vino sobre nosotras, los dichos, las risas, el decir que era disparate” (V 32,14). “Déjelos, que son unos chamarileros”, dirá a las gentes del barrio de San Cosme cuando se meten con ella y con la comitiva de monjas que va de una parte a otra por las calles de Burgos, mientras esperan del arzobispo Cristóbal Vela la licencia para fundar.

Se juntan muchos contra Teresa de Jesús. “Sin tener con quien tratar, porque todos eran contra mí: unos me parecía burlaban de mí cuando de ello trataba, como que se me antojaba; otros avisaban al confesor que se guardase de mí; otros decían que era claro demonio” (V 25,15). «Preguntábanme algunas cosas; yo respondía con llaneza y descuido; luego les parecía los quería enseñar y que me tenía por sabia» (V 28, 17). Nos recuerdan estos interrogatorios los que le hacen al ciego en el evangelio de Juan (c.9).

¡Cuántas personas quedaron cercenadas en su dignidad y belleza! Sorprendentemente, Teresa no se echa para atrás. Busca amigos, llama a los que cree que le pueden ayudar. Escribe para entenderse y busca quien la entienda. De esta manera practica lo que ahora llamamos espiritualidad de la comunión, que consiste en ver al otro como un don para mí, en dar espacio al hermano en la propia experiencia. “¡Qué señorío tiene un alma que el Señor llega aquí...! Querría dar voces para dar a entender qué engañados están. Y aun así lo hace algunas veces, y lluévenle en la cabeza mil persecuciones; tiénela por poco humilde, y que quiere enseñar a de quien había de aprender, en especial si es mujer... porque no saben el ímpetu que la mueve” (V 20,25).

Echa de menos a los verdaderos guías. “Paréceme a mí que si yo tuviera con quién tratar todo esto, que me ayudara a no tornar a caer. Por eso, aconsejaría yo a los que tienen oración, en especial al principio, procuren amistad y trato con otras personas que traten de lo mismo. Es cosa importantísima” (V 7,20).

La palabra de los amigos llega al corazón y lo prepara para que, después, quepa la palabra de Dios. “Acaecerá tener en más una buena palabra -que así la llaman- y disponer más que muchas de Dios, para que después éstas quepan” (C 20,4).

Para desafiar la mirada larga de la inquisición, y sobre todo para discernir en la fe la dirección del Espíritu y su misión en la Iglesia, unas veces le ayudan “los cinco que al presente nos amamos en Cristo” (V 16,7). Siempre busca la Palabra de Dios, aunque esto también sea peligroso (“La experiencia nos dice que dar la Escritura en lengua vulgar, toda o parte, ha hecho daño a las mujeres y a los idiotas”, decía Melchor Cano). Sin embargo Teresa dirá: “No hemos de quedar las mujeres tan fuera de gozar las riquezas del Señor” (Conc 1,8) y se atreverá a comentar el Cantar de los Cantares y, en concreto, el peligroso versículo: “Béseme con los besos de su boca” (lo podéis leer en su escrito Conceptos del amor de Dios). Jesús es su apoyo -¡solo Dios basta!- cuando todo parece que desaparece bajo sus pies. Escucha la palabra de Jesús: “Yo soy”. Y queda en un instante: “sosegada, con fortaleza, con ánimo, con seguridad, con una quietud y luz que en un punto vi mi alma hecha otra” (V 25,18). “Ahora Teresa, ten fuerte” (F 31,26).

Teresa de Jesús se dejó iluminar por los dones que el Espíritu hace a la Iglesia. Llega a ser una exquisita y nueva síntesis de las grandes escuelas de su momento histórico. Los jesuitas dejan en ella esa huella que lleva impresa en su arte de diferenciar lo verdadero de lo falso y esa extraordinaria intuición de hacer proceso de transformación o identificación con Jesús; los dominicos graban en su alma ese amor a la Palabra que se encarna y nos humaniza en todas las relaciones; los recogidos o franciscanos apuntalan en ella ese modo propio de “entrar dentro de sí” para dejarse mirar y tratar de amistad con quien sabe que le ama; los sacerdotes seculares, como Juan de Ávila, le aportan el sentido eclesial; los laicos le enseñan la virtud de raíz. “A los que veo más animosos, los amo mucho. Y con tales querría yo tratar, y parece que me ayudan... Las personas que veo tímidas... parece que me congojan” (R 1,14).

Nos detenemos para comentar, aunque sea brevemente, la carta que le escribe san Juan de Ávila.

Teresa de Jesús lo llama con el título de “padre maestro Ávila”. Es uno de los principales lectores-asesores que Teresa tiene de mira al redactar por segunda vez el libro de la Vida. El inquisidor Francisco de Soto, futuro obispo de Salamanca, le dijo “que escribiese al maestro Ávila... una larga relación de todo, que era hombre que entendía mucho de oración, y que con lo que la escribiese se sosegase. Ella así lo hizo” (R 4,6). Terminada la relación del libro, Teresa se reafirma en el proyecto. En la carta-epílogo escribe: “Suplico a vuestra merced lo enmiende y mande trasladar, si se ha de llevar al padre maestro Ávila, porque podría ser conocer alguien la letra. Yo deseo harto se dé orden en cómo lo vea, pues con ese intento comencé a escribir” (Epílogo, n.2).

Destinatario de esta “carta de envío” es el dominico García de Toledo. No parece que él secundara los deseos de la autora. Será ella misma quien tome la iniciativa varios años más tarde (1568).

Teresa escribe una carta al maestro, hoy perdida, a la que responde Juan de Ávila: “Deseo que vuestra merced sosiegue en lo que toca al examen de aquel negocio, porque habiéndolo visto tales personas, vuesa merced ha hecho lo que parece ser obligada”. El maestro de espíritus da por buenas las consultas que ha llevado a cabo Teresa, pero ésta no se contenta y sigue insistiendo para que el Santo lea su libro y dé su parecer.

La madre no desiste y a principios del mes siguiente le envía su libro por medio de una dama toledana doña Luisa de la Cerda. Temerosa de retrasos y peligros, Teresa insiste y urge su encargo en una serie de cartas. El 12 de septiembre de ese año, el Maestro escribe a Teresa una preciosa carta, auténtica joya de la mística del siglo XVI, aprobando su espíritu, si bien previniéndola que “el libro no está para salir a manos de muchos”. Aparte la evaluación positiva de la experiencia personal de Teresa, ella retendrá sus pautas sobre oración, sobre raptos, hablas místicas y visiones. Le dicta una sana desconfianza de los fenómenos extraordinarios, pero le asegura que ella ya ha resistido demasiado. Se horroriza de que le hayan impuesto el gesto de “dar higas”: “cierto, a mí me hizo horror las que en este caso (en el caso de la M. Teresa) se dieron y me dio mucha pena”.

Aconseja no despreciar, pero tampoco canonizar sin más las gracias místicas: “estas cosas no se dan por merecimientos, y como no hacen a uno más santo, no se dan siempre a los más santos”, lema clave que asimilará y repetirá Teresa. El Maestro le resuelve igualmente el angustioso problema personal de la desproporción que en sí misma percibe Teresa entre la desmesura de las gracias que recibe y la conciencia que ella tiene de su propia imperfección. “No se debe nadie atemorizar ni condenar de presto estas cosas, por ver que la persona a quien se dan no es perfecta; porque no es nuevo a la bondad del Señor sacar de malos, justos, y aun de pecados graves, grandes bienes, con darles muy dulces gustos suyos, según lo he yo visto. ¿Quién pondrá tasa a la bondad del Señor?” También esta tesis del Maestro pasará al depósito doctrinal del pensamiento de Teresa.

Da las gracias a la mediadora: “Lo del libro trae vuestra señoría tan bien negociado, que no puede ser mejor, y así olvido cuantas rabias me ha hecho. El Maestro Ávila me escribe largo, y le contenta todo, solo dice que es menester declarar más unas cosas y mudar vocablos de otras, que esto es fácil. Buena obra ha hecho vuestra señoría” (2-11-1568). Pocos meses después Juan de Ávila moría en Montilla. Hasta aquí el pequeño comentario a la carta del Maestro, que no tiene desperdicio.

Vista la necesidad de encontrar quien nos dé luz –“son gran cosa letras para dar en todo luz”, dejará estas dos encomiendas a sus hermanas descalzas, que tanto tienen que ver con los sacerdotes, con la Iglesia: “Para estas dos cosas os pido yo procuréis ser tales que merezcamos alcanzarlas de Dios: la una, que haya muchos, de los muy mucho letrados y religiosos que hay, que tengan las partes que son menester para eso, como he dicho, y a los que no lo están muy dispuestos los disponga el Señor; que más hará uno perfecto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea que no es pequeña, los tenga el Señor de su mano” (C 3,5).

Y a lo largo de sus escritos, en diferentes momentos, repetirá sus consignas: “Está todo el medio de un alma en tratar con amigos de Dios” (V 23,4). “Gran mal es un alma sola, entre tantos peligros” (V 7,20). “En los tiempos difíciles son necesarios los Amigos fuertes de Dios” (V 15,5). “Juntos andemos” (C 21,6).

Algo parecido podría decirse de la última expresión de su vida, la del “por fin muero hija de la Iglesia”, que transmiten los testigos presenciales de aquella hora en Alba de Tormes, cuando oyeron de sus labios, después de comulgar, que “daba muchas gracias a Dios por verse hija de la Iglesia y que moría en ella”, lo que innegablemente, además de una sincera acción de gracias y de una sentida confesión de fe, era también un grito de victoria, porque después de tantos riesgos no habían logrado echarla fuera.

3.- TERESA DE JESÚS NARRA, COMUNICA LO QUE HA ENCONTRADO

Teresa de Jesús, sabedora del don que ha recibido y consciente de que ningún don es de propiedad privada, quiere llamar a todos para decirles lo que ha encontrado. Quiere contar a todos una historia de amor. “¡Oh hermanas!, ¿cómo os podría yo decir la riqueza y tesoros y deleites que hay?... Creo fuera mejor no decir nada... Enviad, Señor mío, del cielo luz para que yo pueda dar alguna a estas vuestras siervas” (5M 1,1). A pesar de la dificultad para decir lo que lleva dentro, toma la pluma para dejar plasmado su mundo interior en el papel. Su deseo más hondo es que prenda en los demás el mismo fuego que a ella le quema: “sabe su Majestad que, después de obedecer, es mi intención engolosinar las almas de un bien tan alto” (V 18, 8). Teresa escribe para contagiar el misterio, para despertar la fe en un Dios que nos habita y se nos quiere comunicar. Y lo escribe a su manera, como habla.

“Miren lo que ha hecho conmigo”, es el espejo en el que nos invita a mirar. “Miren lo que ha hecho conmigo, que primero me cansé de ofenderle que Su Majestad dejó de perdonarme” (V19,15). Teresa tiene tal fuerza cautivadora que en ella se palpa, se ve, se oye, se gusta, se saborea la verdad de que solo hay una verdad: el Amor y solo hay una vida: el Amor. Vivir así es, para ella, la verdad. Solo con esa presencia se explica que abriera caminos en el mismo barro, afirmara la libertad en la misma esclavitud, roturara surcos de esperanza cuando todo parecía terminar.

Teresa es narradora de la alegría de Dios. Un ejemplo que no deja de sorprendernos es cómo relata lo que le pasó en la última fundación de Burgos. Está terminando su vida –morirá en Alba de Tormes a los cuatro meses- y, sin embargo, escribe todas las peripecias que le acontecieron en Burgos con una música y un tono vital envidiables. En cada letra se le asoma la vida de Dios que la ha transformado. Merece la pena leer detenidamente el largo capítulo 31 de las Fundaciones, donde habla “de un mundo de agua, sin camino ni barco” que encontró en los caminos hacia Burgos, donde escucha del Señor: “No hagas caso de estos fríos, que Yo soy la verdadera calor”, donde alaba al Señor “de la gran caridad de este lugar... Siempre había oído

yo loar la caridad de esta ciudad, mas no pensé que llegara a tanto. Unos favorecían a unos, otros a otros"... "Estaban todos los amigos muy contentos, y casi se le dio (el contento) a toda la ciudad" (F 31,45).

El hecho de escribir le ayuda a ordenar el pensamiento, a comprenderse a sí misma y a reconocer el paso de Dios por su vida, como un acontecimiento liberador y recuperador de toda la riqueza que lleva dentro. Escribir es para ella la mejor manera de poner orden a su desconcertada y desconcertante experiencia de Dios. La comunicación de la experiencia es lo más peculiar y novedoso de Teresa de Jesús. Su palabra produce un eco sonoro en quien la lee o la escucha, ante la cual muchos se sienten aludidos e interpelados por ella. "Cuando el místico habla, hay en el fondo de la mayor parte de los hombres algo que imperceptiblemente le hace eco. Nos descubre una perspectiva maravillosa, lo mismo que cuando un artista genial produce una obra que nos sobrepasa, cuyo espíritu no logramos asimilar, pero que nos hace sentir la vulgaridad de nuestras precedentes admiraciones. Si la palabra de un gran místico encuentra eco en nosotros, ¿no será porque en nosotros hay un místico latente que espera tan solo una ocasión para despertar?" (H. Bergson).

¡Cuántos se han despertado y se despiertan leyendo a Teresa de Jesús! "Siendo yo estudiante en Salamanca, habiendo escuchado a mi maestro, llamado Céspedes, que leía humanidades, que entre los libros que hablaban en lengua vulgar castellana, pura y propia, había un libro de una monja descalza, alabó mucho el lenguaje de aquel libro; yo, sabiendo que aquella monja era la bienaventurada madre Teresa, fui al convento de nuestra orden a pedir uno de sus libros, y me dieron un libro de su vida, manuscrito, porque aún no estaba impreso, y leyéndolo en mi casa, sin mirar otra cosa que su modo de hablar, por ser yo en aquel tiempo un joven muy distraído, abriendo el libro al azar en el capítulo 18, tanto me demudó que comencé a llorar" (Tomás de Jesús).

Así cuenta el encuentro que tuvo con ella Edith Stein, cuando en la casa de unos amigos evangélicos, cogió un libro al azar: "Llevaba por título *Vida de Santa Teresa de Ávila*, escrita por ella misma. Comencé a leer, y quedé al punto tan atrapada que no lo dejé hasta el final. Al cerrar el libro, dije para mí: "Esta es la verdad" (Edith Stein).

He aquí lo que dice el poeta Claudio Rodríguez: "La leo por curación, para mejorar el espíritu; también como meditación. Me ayuda a vivir, me alimenta el alma, me acompaña espiritualmente".

Más allá de prejuicios, a todos nos puede venir bien leer a los místicos. Es interesante la reflexión que hace Karl Rahner: "Si se hubiera presentado la vivencia mística separada de sus fenómenos marginales, hubiéramos comprendido mejor que estas experiencias no son en absoluto acontecimientos que estén más allá de los cristianos normales. Hubiéramos comprendido que el testimonio de los místicos acerca de sus experiencias se refiere a una experiencia que cada cristiano, incluso que cada hombre, puede experimentar, pero que, con frecuencia, se pasa por alto o se reprime. De cualquier forma, es válida la afirmación de que existe la mística y de que no está tan lejana a nosotros como estamos tentados de suponer".

¿Qué comunica Teresa de Jesús? ¿Qué propuesta nos hace para vivir la vida de Jesús con lucidez, coherencia y valentía?

- Teresa de Jesús invita a orar, a vivir la aventura de la oración interior. Y orar es "estar con quien sabemos nos ama" (V 8,5). Ahí nace la dignidad y belleza de cada uno. "Cristo dentro de ti" (V 4,8). "Puedes tratar con él como con amigo" (V 37,5). Teresa cuenta el paraíso interior donde vive nada menos que Dios (1M 1,1-2). ¡Qué belleza y dignidad la del ser humano llamado a tanta grandeza! "¿Quién más amigo de dar, si tuviese a quién?" (F 2,7).

La relación con Jesús es para los pobres. Basta mirarle. "Los ojos en Él" (V 35,14). "Mire que le mira" (V 13,22). "No os pido más que le miréis pues ¿quién os quita volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no podéis más, a este Señor?" (C 26,3). "No se espanta de las flaquezas de los hombres" (V

37,6). "Puedo tratar con amigo, aunque es Señor" (V 37,6). "Bienaventurado quien de verdad le amare" (V 22, 6.7). "En veros cabe mí he visto todos los bienes" (V 22,6).

- Es testigo de que se puede ser amigo de Dios en esta vida. "¡Cuán diferente cosa es oír estas palabras y creerlas, a entender por esta manera cuán verdaderas son!" (7M 1,7). "En lo interior de su alma, en lo muy muy interior, en una cosa muy honda... siente en sí esta divina compañía" (7M 1,7). "Mientras más supiéremos que se comunica con las criaturas, más alabaremos su grandeza y nos esforzaremos a no tener en poco almas con que tanto se deleita el Señor" (7M 1,1). "Sea alabado y entendido un poquito más y gríteme todo el mundo" (7M 1,2).
- Reconoce que Dios es la fuente de la vida. "Para las mercedes tan grandes que me ha hecho a mí es la puerta la oración; cerrada ésta, no sé cómo las hará; porque aunque quiera entrar a regalarse con un alma y regalarla no hay por dónde, que la quiere sola y limpia y con gana de recibir los regalos. Si le ponemos muchos tropiezos y no ponemos nada para quitarlos, ¿cómo ha de venir a nosotros? ¡Y queremos que nos haga Dios grandes mercedes!" (V 8, 9). "Siempre oímos cuán buena es la oración, y no se nos declara más de lo que podemos nosotros; y de cosas que obra el Señor declárase poco" (1M 2,7). La mística precede a la ascesis. Nos recibimos antes que nos hacemos. De ahí la necesidad de la contemplación. No se trata de hacer por hacer, sino de ser.

El arzobispo de Milán, en un encuentro con los sacerdotes, les invitó a tener dos horas de oración diarias. Un sacerdote se levantó y dijo que el obispo no sabía las cosas que tenía que hacer cada día. Dínoslas, le pidió el arzobispo. El sacerdote comentó a relatar todo lo que hacía desde el punto de la mañana hasta la noche. Cuando terminó, dijo el arzobispo: Antes he dicho que necesitabas dos horas de oración, pero ahora veo que necesitas cuatro".

La contemplación no se improvisa, el recogerse o centrarse en lo esencial tiene un componente activo, pero es esencialmente pasivo y pide tiempo y espacio, gustar esa soledad que nos desnuda de arrogancias y ambiciones, que nos permite interiorizar la vida, dar calidad a nuestras escuchas y quehaceres.

- Dios es la gran realidad que necesita el hombre. Hoy se habla mucho de la Iglesia y muy poco de Dios, siendo ésta probablemente una de las razones de nuestra falta de vitalidad apostólica. "Es imposible, advertía santa Teresa, tener ánimo para cosas grandes quien no entiende está favorecido de Dios" (V 10,6). Ella, con su respuesta orante al servicio de la Iglesia, con una reforma gemela y alternativa a la luterana, nos recuerda que una verdadera reforma de la Iglesia nunca puede ser sólo una reforma de la Iglesia, que a una situación de "crisis de Dios", cual es la nuestra, sólo se puede responder con una "pasión por Dios", porque creer no es otra cosa que "estar enamorado de Dios". La frase no es la genialidad de un teólogo piadoso, sino la tradición constante de la teología mística que arranca del cuarto evangelio: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor" (Jn 15,9).
- El encuentro con Dios no aleja del servicio: "Pareceros ha que, según esto, no andará en sí, sino tan embebida que no pueda entender en nada. Mucho más que antes, en todo lo que es servicio de Dios" (7M 1,8); ni el servicio aleja de Dios: "Aunque mucho estéis fuera por su mandato, siempre cuando tornareis, os tendrá la puerta abierta" (Epílogo de Moradas, 2).
- Podemos aprender mucho mirando las trazas que Dios utiliza con cada uno: "Poderoso es el Señor de enriquecer las almas por muchos caminos" (5M 3,4). "No llevar a todos por un raserio" (Carta 200,2, a Ana de San Alberto). "Ayuda mucho tener altos pensamientos, para que nos esforcemos a que lo sean

las obras" (C 4,1). "Siempre habíamos de mirar que somos cimientos de los que están por venir" (F 4,6).

- Dios quiere a cada ser humano: "¡Cuánto queréis a los hijos de los hombres!, que el mayor servicio que se os puede hacer es dejaros a Vos por su amor y ganancia y entonces sois poseído más enteramente" (Exclamaciones 2,2). "Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión, y piensan que allí está todo el negocio.

Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti; y si fuere menester, lo ayunes, porque ella lo coma, no tanto por ella, como porque sabes que tu Señor quiere aquello.

Esta es la verdadera unión con su voluntad, y que si vieres loar mucho a una persona te alegres más mucho que si te loasen a ti. Esto, a la verdad, fácil es, que si hay humildad, antes tendrá pena de verse loar. Mas esta alegría de que se entiendan las virtudes de las hermanas es gran cosa, y cuando viéremos alguna falta en alguna, sentirla como si fuera en nosotras y encubirla" (5M 3,11).

- Con una chispa de humor. Que podemos caminar en esta vida con amplitud, "pues procúrese andar con alegría y libertad" (V 13,1). Sin dejar de ser humana para apreciar los detalles de la vida. Sabe reírse de sus debilidades, de sus torpes comparaciones, de los acontecimientos de la vida. "Pues nos dais vestido nuevo, Rey Celestial, librad de la mala gente este sayal (procesión con el Cristo de los Piojos).
- Dios tiene proyectos de vida para todos. "Cuando tantos corazones junta Dios en una cosa, se entiende se ha de servir de ella" (F 28,10).
- Necesitamos mucho ánimo para el camino. "Digo que importa mucho, y el todo, una grande y muy determinada determinación, de no parar hasta llegar, venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabájese lo que se trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue allá, siquiera se muera en el camino o no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo, como muchas veces parece cuando decimos 'hay peligros', 'fulana por aquí se perdió', 'el otro se engañó', 'el otro que rezaba mucho cayó', 'hacen daño a la virtud'... no han menester estas delicadeces" (C 21,2).

"¡Ojalá Teresa de Jesús contagie a todos esta santa prisa por salir a recorrer los caminos de nuestro propio tiempo, con el Evangelio en la mano y el Espíritu en el corazón!" (Papa Francisco).

Pedro Tomás Navajas, carmelita teresiano